

Árabes y judíos: realidades imaginadas e imágenes reales

El conflicto árabe-israelí, además de ser un conflicto político de los más agudos, es también un choque de culturas, un conflicto de imágenes y percepciones que acompaña a la zona desde los primeros días del sionismo a finales del siglo XIX. Los pioneros y soñadores judíos se movían entre una visión romántica e ingenuamente bien intencionada del mundo árabe, mientras que los árabes se movían entre la desorientación, el rechazo y la demonización de los pioneros sionistas, considerados la punta de lanza de una civilización occidental inaceptable.

Curiosamente, el sector de musulmanes pobres, quienes precisamente se habían beneficiado con los asentamientos judíos, en general tenían una buena predisposición hacia los judíos, mientras los árabes cristianos les eran hostiles. Esta apreciación era correcta en cuanto la mayoría de los periódicos árabes publicados antes de la Primera Guerra Mundial, estaban en manos de cristianos y el porcentaje de árabes cristianos entre los intelectuales y, por lo tanto entre los fundadores del movimiento nacional en Siria y Palestina, era desproporcionadamente alto. Pero la actitud de los musulmanes de las clases media y alta no era diferente.

La consideración por parte de intelectuales árabes del sionismo como un movimiento colonialista occidental era, como cabía esperar, rotundamente rechazado por los pioneros judíos. En un famoso intercambio de cartas entre el filósofo judío-sionista Martín Buber y Mahatma Candi, explicaba Buber que el retorno de los judíos a su patria histórica no tenía nada que ver con los movimientos colonialistas de finales de siglo puesto que el gran ideal de los judíos era retornar a la tierra y labrarla con sus propias manos como el único modo de redención nacional. «Trabajo manual judío», y no explotación de la mano de obra árabe fue el lema central del sionismo socialista de finales de siglo. Si por alguien han sido explotados los campesinos árabes fue por los *efendis* y los prestamistas árabes, pero no por los judíos. Todos estaban de acuerdo en que los árabes se habían beneficiado por la presencia de los judíos. Pero si alguna vez se volvieran contra los judíos, la razón no sería la compra de las tierras por parte de los judíos sino la «enemistad eterna hacia un pueblo que ha sido exiliado de su país». Desde el punto de vista exclusivamente económico es inexplicable e injustificada la resistencia árabe a la inmigración judía. Pero, el aspecto económico del conflicto nunca fue de importancia decisiva. Por esa razón, la

**SHLOMO
BEN-AMI**

*El sionismo,
¿un movimiento
colonialista?*

Asimilación cultural

esperanza sionista, compartida por marxistas y no marxistas, de que la colaboración económica actuaría como un estímulo poderoso hacia la reconciliación política no estaba de acuerdo con la realidad. El conflicto era, desde luego, básicamente político, un choque entre dos movimientos nacionales. Los árabes rechazaban la inmigración judía, no tanto por que temieran la proletarianización, cuando anticipaban que los judíos tenían la intención de llegar a ser los amos del país y, como resultado los árabes se verían reducidos a la condición de minoría.

En el otro extremo había entre los primeros sionistas no pocos defensores de la asimilación cultural; con el retorno al oriente, los judíos debían desprenderse de sus influencias europeas y retomar la vertiente oriental y sus hábitos mentales. La idea del origen semita común de judíos y árabes como base para una colaboración cercana entre los dos pueblos, apareció temprano en la historia del movimiento sionista en los escritos de Epstein y de Benjamín. De aquí se desarrolló el concepto de una federación semita en Oriente Medio, este concepto tuvo defensores entusiastas en Israel, aún después de la Segunda Guerra Mundial.

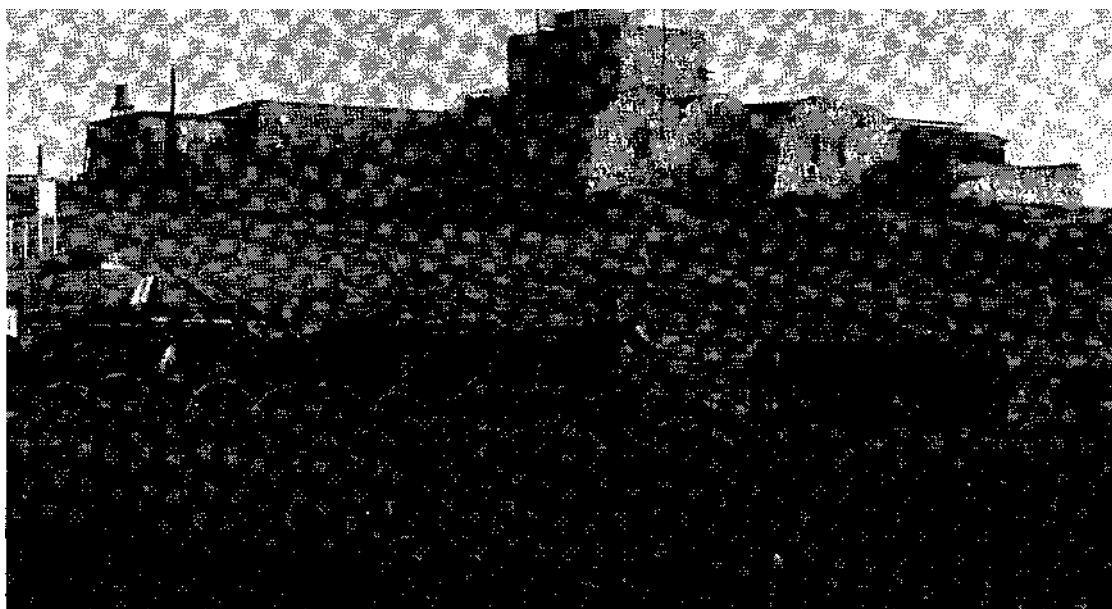
Otros, como Lichtheim —representante del ejecutivo sionista de Constantinopla— a finales del siglo pasado se hacía ya muy pocas ilusiones:

«Los árabes son y serán nuestros oponentes naturales. No les importa un pepino «el espíritu semita común». Sólo puedo advertir urgentemente contra una quimera histórica o cultural. Los árabes quieren un gobierno ordenado, impuestos justos e independencia política. El oriente de hoy no aspira a maravillas diferentes de la maquinaria americana y el baño francés. Desde luego, los árabes quieren preservar su nación y cultivar su cultura. Sin embargo, lo que necesitan para lograrlo es específicamente europeo: dinero, organización, maquinaria. El judío es para el árabe un competidor que amenaza su dominio en Palestina».

La carga del hombre blanco

Max Nordau, uno de los sucesores inmediatos de Herzl, fundador del Sionismo, lo planteaba como «la carga y responsabilidad del hombre blanco». El decía que «haremos en Asia Menor lo que los ingleses hicieron en la India, me refiero a la labor cultural no al dominio por la fuerza. Pretendemos

Cultivos en el Kibutz



llegar a Palestina como emisarios de cultura y extender las fronteras morales de Europa hasta el Eufrates». Parece que tanto Nordau comojérzl creían en la superioridad de la cultura occidental, y estaban convencidos de que en Palestina los dos pueblos, judíos y árabes, podrían vivir uno al lado del otro. En el campo sionista-socialista, Borojov pretendía probar que el movimiento sionista era de un carácter terapéutico y que por medio de sus fuerzas pioneras era capaz de curar al pueblo. El consideraba la cuestión árabe como parte de su visión sionista, partía de la premisa de que existía una afinidad racial básica entre los árabes residentes en Palestina y las masas judías que llegaban a ella. Escribió: «la población autóctona de Palestina está más cerca de los judíos en sus características raciales que de ningún otro pueblo, incluidos los semitas. Es posible suponer que los campesinos de Palestina son descendientes directos del resto de la comunidad agrícola canaanita y judía, claro está con una mezcla de sangre árabe». Prueba de ésto encontró también en testimonios de viajeros a Palestina, que decían que «es imposible distinguir entre un judío sefardí y un simple campesino palestino». Incluso pensaba que los judíos askenazíes no eran tan distintos de los palestinos: «se ha descubierto que la diferencia racial entre un judío de la diáspora y un campesino palestino no es mayor que la diferencia entre un judío aske-nazí y un judío sefardí». Borojov intentaba cambiar la base del sionismo de un idealismo histórico a un materialismo histórico, a través del cual se podía explicar el proceso de integración de los árabes en la sociedad judía. En la visión del mundo árabe hacia los judíos y el Estado de Israel existió por una parte la noción moderada expresada en 1919 por el Rey Faisal: «estamos trabajando juntos por un Oriente Próximo reformado y revivido, y nuestros dos movimientos se complementan uno al otro. El movimiento judío es nacional y no imperialista, y hay lugar en Siria para nosotros dos». En el polo opuesto estaría el concepto expuesto años después por el propio Rey Hussein de Jordania: «las relaciones que hicieron posible que judíos y árabes vivan juntos durante siglos como vecinos y amigos fueron destruidas por el sionismo».

El Rey jordano no hacía así más que refugiarse en la obsesión de hacer volver a los judíos a su estatus anterior como infieles humillados en las tierras

*Nociones
contrapuestas*



árabes de acuerdo con los mandamientos del Corán. El mensaje parecía ser que «estos judíos que siempre fueron nuestros judíos son insolentes al atreverse a insistir en que les tratemos como iguales en el mundo árabe». Bernard Lewis, el insigne arabista de la Universidad de Princeton, llegó a la conclusión de que «la edad de oro de la igualdad de derechos entre judíos y árabes fue sólo un mito; la creencia en ese mito fue el resultado y no la causa de la simpatía judía hacia el Islam. El mito lo crearon los judíos en Europa en el siglo XIX, como reproche a los cristianos, y ha sido retomado por los musulmanes de estos días como reproche hacia los judíos». Viajeros europeos al oriente en la era del liberalismo y la emancipación son unánimes en deplorar la posición de degradación y precariedad de los judíos en los países musulmanes, y los peligros y humillaciones a los que estaban sometidos. Arminius Vamberi es muy tajante: «no conozco un pueblo más miserable, más abandonado y más despreciado en esta tierra que los judíos



Ciudadano israelí con la máscara antigás

*Huidos de la
brutalidad
árabe*

en los países árabes. El pobre judío es despreciado, maltratado y torturado tanto por los musulmanes como por los cristianos», los propagandistas y simpatizantes árabes persistieron en la acusación de que Israel es un enclave de la civilización occidental en Oriente Medio, una sucursal de intrusos europeos creada por supervivientes europeos de la brutalidad nazi. Evidentemente, éste es un argumento falaz puesto que más del 50 % de la población israelí de hoy descendiente de judíos que vivían en

países árabes, y que escaparon de la brutalidad árabe. La población israelí la forman refugiados descendientes de dos opresiones, la europea nazi y la árabe. Tal y como lo reconoció el escritor árabe Sabri Jirys, el mundo árabe es el responsable directo de la expulsión de los judíos hacia Israel. En este sentido, la propaganda en torno al Israel «europeo» es una falacia. Los propios árabes ayudaron a convertir el estado judío en un estado más oriental de lo que puede parecer.

La noción de que Israel es «una herida maligna, un cáncer en el cuerpo del arabismo, del que no hay más cura que su completa erradicación» (Radio El Cairo 1963), acompañó la historia del sionismo desde sus primeros días hasta hoy. A los judíos se les vio como extranjeros infiltrados que aspiraban a imponer su cultura a los árabes indígenas. Los judíos «no pertenecen», su presencia en Oriente Medio es artificial; es una contaminación de la pureza árabe. Claro que ésta imagen ignora la profundidad de los lazos entre los judíos y la tierra bíblica. De vez en cuando, este rechazo a los judíos incendia las masas árabes en su negativa a reconocer Israel y en su llamada a la creación de un estado palestino en la totalidad del territorio. Es en momentos como estos en los que la ideología y el peso de la memoria histórica se convierten en un obstáculo para la reconciliación. En cierta medida la tendencia árabe a considerar a los judíos como extranjeros forma parte del sectarismo general que caracteriza a todos los grupos étnicos y religiosos de Oriente Medio. No es nada sorprendente que los árabes se refieran a los israelíes como «judíos» y no como «israelíes»; ayuda a catalogarlos. Algunos árabes consideran los prejuicios judíos contra ellos como un intento de imponerles valores occidentales. La imagen del judío como extranjero se forma sobre el telón de fondo de una argumentación teológica e histórica. En los libros de texto, en estudios académicos y en comentarios de prensa, se cuestionan los lazos de los judíos con Abraham, con la raza semítica *Al-Akhbar* decía en agosto de 1977 que «los judíos no tienen ningún derecho sobre Palestina porque no son descendientes de Abraham, Isaac y Jacob. Jacob no es Israel; Israel es una persona diferente que nada tiene que ver con los patriarcas o los profetas. Es pura arrogancia por parte de los judíos, los asesinos del Profeta, argumentar que ellos son los descendientes del Profeta». Así es como los árabes intentan construir una argumentación religioso-histórica que sustente su opinión de que los judíos son extranjeros en esta tierra.

Lo que más ha chocado al mundo árabe es el proceder de los judíos. Escribía Harkabi —un hombre de izquierdas y el mayor experto en literatura árabe sobre el sionismo— que «los judíos han sido odiados por ser considerados diferentes y extranjeros, pero la sociedad musulmana está basada en el reconocimiento de la coexistencia de grupos religiosos, siempre y cuándo, el poder y la superioridad estén reservados a la fe musulmana. Para los cristianos, la propia existencia de los judíos —que se negaron a aceptar el Evangelio— fue una provocación; el Islam aceptó su presencia pero en condiciones de subordinación». En otras palabras, los judíos se han convertido en el objeto del rechazo por parte del mundo árabe por el hecho de haber adquirido el poder de un estado.

Además, Harkabi observa que, desde el punto de vista de los árabes, «el lazo entre Israel y el imperialismo no es accidental, sino histórico y cultural. El antagonismo entre el nacionalismo árabe y el sionismo es presentado, no solamente como un choque entre un nacionalismo natural y otro artificial, sino como algo que es paralelo al antagonismo entre el universa-

*El poder de
los judíos*

lismo del Islam, su amplia visión, su tolerancia y sus enseñanzas sobre la igualdad del hombre por una parte, y la actitud particularista, tribal, envidiosa y egoísta del judaísmo». De esta visión surge la imagen que presenta a Israel como una enfermedad, a la que recurren escritores árabes. Un conferenciante en el Instituto de Altos Estudios Árabes de El Cairo declaraba en 1962 «la existencia de Israel anula la unidad de nuestra patria, la unidad de nuestra nación, la unidad de nuestra civilización, que abarca la totalidad de esta región. Además, la existencia de Israel es un desafío ofensivo a nuestra filosofía de vida y a los ideales por los cuales vivimos, es una barrera total contra los valores y los objetivos a los que aspiramos en este mundo».

*Los judíos,
caracterizados
como extranjeros*

Académicos árabes también afirmaban que «no existe ninguna continuidad racial entre los antiguos hebreos y los modernos judíos, puesto que a lo largo de todas las generaciones hubo una mezcla de multitudes que se convirtieron al judaísmo». Harkabi observa una línea de argumentación que abre el camino al rechazo histórico de los derechos judíos en Palestina, y que también, pero de modo más difuso, caracteriza a los judíos como extranjeros. Esto explica la insistencia en ciertos escritos árabes de que muchos judíos modernos son de hecho descendientes de los jázaros de Crimea que se convirtieron al judaísmo en el siglo VIII, y por lo tanto, no tienen ningún origen semita.

Esta pseudo-ciencia es fácilmente convertible en propaganda violenta. La poetisa árabe Fadwa Tuqan explica en un libro de texto jordano, que los judíos son «usurpadores por naturaleza». En otro libro de texto jordano publicado en 1963 se habla de que «al igual que Cartago, Israel debe ser destruido». En ese mismo contexto se argumenta que Israel nació «como un cáncer maligno que intenga infectar a la patria árabe». El rey Abdullah definió Israel como «una catarata en el ojo, una flecha en la carne viva, un hueso en la garganta». En el mismo libro de texto se decía, que al igual que el famoso orador romano Catón insistía en que Cartago debe ser destruida, «también ustedes niños y niñas árabes debéis insistir en la idea de que Israel debe ser destruido».

*Obstáculo
racial/
j> geográfico*

En un libro publicado en 1943 y con una segunda edición en 1971 (*El surgimiento del arabismo moderno*), el autor Mahmud Azat Dearwaze adelanta el siguiente análisis sobre las primeras inmigraciones judías a Palestina: «los árabes son conscientes del peligro de la reaparición de los judíos en ésta zona, de su avaricia, del hecho de que se estén concentrando en el punto de encuentro que une a los países árabes con Asia y África. Los judíos son obstáculo racial y geográfico entre los países árabes, y eso obliga a los árabes, que los tienen rodeados por todas partes, de continuar la lucha contra ellos, de apretar el cerco hasta que este nuevo fenómeno sea completamente destruido». La noción de que los judíos son «un obstáculo racial y geográfico» se complementa definiéndoles como agentes antirreligiosos del imperialismo y del comunismo, sin que la contradicción sea detectada.

«El materialismo capitalista y el materialismo comunista no son más que instituciones judías, cuyos principios han sido ratificados por el sionismo para sacrificar al mundo no judío creando un abismo entre la religión y la vida». Así escribió Saad Guma'ah, un jurista que fue embajador de Jorda-



nía en los Estados Unidos en los años 60 y posteriormente primer ministro en 1967. Su libro, titulado *Dios o la destrucción*, mantiene que «el objeto del sionismo es el de destruir los conceptos de humanismo y moralidad de las naciones», y por lo tanto «el Talmud estimula el asesinato, la explotación, el robo y la inmoralidad».

In enero de 1984 el periódico saudí *Al-Gumhiriya* elaboró este tema de los judíos como comunistas, una acusación muy conocida por otra parte en tratados antisemitas. «La idea del comunismo empezó con el judío Karl Marx. La Revolución Roja en Rusia fue labor de los judíos. El ataque comunista en Oriente Medio fue lanzado por judíos que llegaron a Siria, Líbano, Palestina y Egipto para difundir el comunismo. Los judíos son los que siguen hoy propulsando el movimiento comunista en Egipto..., la red de espionaje soviética en Estados Unidos está repleta de judíos. Los judíos son la fuerza de choque de la Unión Soviética a través del mundo..., sabemos muy bien que el comunismo y el sionismo son las dos caras de la misma moneda. Desde el establecimiento de Israel hasta el presente sólo la Unión Soviética se ha beneficiado». Ni qué decir tiene, que este argumento debió sumir en la perplejidad a los sirios; esto sin mencionar a los rusos.

Sana Hassan, la hija de un embajador egipcio en Washington descubrió hasta qué punto la imagen del judío como extranjero está arraigada en el mundo árabe cuando tomó la iniciativa de visitar Israel, tres años antes del dramático viaje del presidente Sadat. En una conversación con Tom Friedman de *The New York Times* le dijo que «contrariamente al mito y a mis propias expectativas, Israel es una sociedad muy mesoriental. Yo me eduqué en torno a la imagen nasserista de Israel como un cuerpo extranjero-europeo que ha sido impuesto sobre el corazón de la tierra árabe. Llegué

*Judaísmo y
comunismo,
¿Dos caras de
la misma
moneda?*



TEL AVIV (Israel), M naret y Jaffa. Vista sobre Tel Aviv.

Hacia la reconciliación

aquí esperando encontrar un pequeño París. Pero descubrí que Tel Aviv es algo que se parece a Alejandría, tanto es así que incluso me puse nostálgica. Encuentro que Israel es fundamentalmente un estado mediterráneo con algunos enclaves europeos, como puede ser los kibutzim y las universidades». Curiosamente, siempre ha persistido en el mundo árabe esa velada admiración hacia la capacidad técnico-educativa de los israelíes, que los árabes siguen envidiando.

Pero lo que sí de verdad persiste es que la cultura occidental, tal y como es representada por los israelíes, se considera en los círculos árabes como inmoral; y que los árabes, de modo consciente, evitan contactos con los judíos por el temor a que ésto produzca la decadencia de la sociedad árabe. El surgimiento del fundamentalismo islámico en el seno del movimiento nacional palestino e incluso en el seno de la vieja sociedad de palestinos es un reflejo directo de ésto.

La paz política que hoy, después de la Guerra del Golfo, se pretende construir entre judíos y árabes será un gran paso hacia la reconciliación, y lo que es más importante, se dará la condición imprescindible para emprender un largo y cuidadoso esfuerzo dirigido a quebrar estereotipos mutuos y a eliminar fantasmas, que no han sido más que instrumentos ideológicos de una guerra que dura ya cien años.